











































A pesar de este tipo de conflictos de intereses, los Aliados tienen el mérito de haber dado al pueblo las primeras bases de una vaga conciencia de las capacidades dañinas de un régimen como el Tercer Reich. Por ejemplo, la hermana de mi padre, nacida en 1936, me dijo un día que sabía desde la adolescencia que «los nazis habían cometido crímenes», que «se decía en la escuela e incluso en los medios de comunicación», donde ella había visto fotos de campos de concentración. Me sorprendió, porque mi padre, que nació en 1943, siempre me ha hablado de una amnesia total después de la guerra. Luego me di cuenta de que Ingrid había ido a la escuela en el momento en que, en Mannheim, los americanos intentaban «reeducar» a los alemanes, mientras que, cuando mi padre fue escolarizado, el paréntesis de desnazificación se había cerrado.

En 1949, los ocupantes occidentales autorizaron la fusión de sus tres zonas para formar la República Federal de Alemania y aceptaron que se beneficiara del plan Marshall, un programa de préstamos concedidos a la mayoría de los Estados de Europa Occidental para ayudar a su reconstrucción después de la guerra. Mi padre dice a menudo que «Alemania tuvo suerte de ser tratada con aquella indulgencia a pesar de los crímenes que había cometido». Sin la Guerra Fría, su destino quizá habría sido muy diferente. A finales de la década de 1940, los Aliados se desvincularon de aquella amplia tarea de desnazificación. Les faltaba perspectiva y conocimientos sobre la complejidad del régimen nazi, pero, sobre todo, unas potencias exteriores no podían hacer el trabajo en lugar de los alemanes. Les correspondía a ellos cambiar de mentalidad y tomar las riendas de su destino democrático. Había motivos para ser pesimista.